

LIBROS

El teatro de Jean-Paul Sartre

Aguilar acaba de publicar el tomo I de las Obras Completas de Jean-Paul Sartre, dedicado a su producción dramática. Lo encabeza un prólogo de Juan Martín Ruiz-Werner, al que siguen los textos de «Las moscas», «A puerta cerrada», «Muertos sin sepultura», «La p... respetuosa», «Las manos sucias», «El diablo y el buen Dios», «Nekrasov», «Los secuestrados de Altona», «Kean» y «Las troyanas», en su mayor parte en versiones de Alfonso Sastre.

El libro, naturalmente, no descubre nada nuevo. Se trata de textos ampliamente conocidos y de ideas de gran circulación dentro del pensamiento moderno. Sartre es uno de esos escritores que se citan sin nombrarlos y que ha conseguido, desde que definió la «literatura comprometida» hasta hoy, mantenerse en un plano de renovada vitalidad intelectual. Su problemática ha sido, a través de más de dos décadas, una excepcional expresión de los conflictos socio-culturales de su tiempo. De ahí el doble valor de su trabajo. Porque Sartre no sólo se ha mostrado como un gran escritor y un pensador agudísimo, sino como el catalizador o el testimonio de los grandes problemas ético-políticos de la cultura europea, tomada ésta como hecho vivo, abierto y desmilitarizado.

El volumen de Aguilar es, pues, solamente una sistematización del trabajo de muchos años, desde la propuesta de un Orestes que salva a Argos de la tiranía de Egisto y asume los terrores y las culpas de la ciudad, a la versión actualizada de «Las troyanas». Queda en pie el hecho de que sólo dos de estos títulos —«A puerta cerrada» y «La p... respetuosa»—

se han presentado, y con mucho retraso, en los escenarios españoles, aparte de la versión catalana de «Las moscas». Lo que presupone que también la reflexión sartriana estuvo fuera de un teatro caracterizado por su apabullante trivialidad. El tomo es, en este aspecto, una acusación de nuestro vacío, la contemplación de un escritor que hemos querido convertir en clásico sin sentirlo antes nuestro contemporáneo. ■ J. M.

Lo catalán y «Les Festes de Maig»

El Omnium Cultural es una entidad dedicada a la promoción de la cultura catalana en todas sus manifestaciones. Regentada por gentes conservadoras y en el contexto de una península en la que todas las instituciones las regentan gentes rigurosamente conservadoras, nada de particular tendría su gestión si no se dedicara (entre otros propósitos conservadores) a conservar la lengua catalana. Es esta característica fundamental la que concede especial dialéctica al Omnium y, sobre todo, tras el éxito de su campaña para la enseñanza del catalán en las escuelas (a todos los niveles de la enseñanza) y para la enseñanza en catalán; propósito más radical y casi previo en cuanto a legitimidad. La campaña ha obtenido un consenso civil extraordinario. Más de mil quinientas instituciones y corporaciones de Cataluña se han sumado públicamente a la adhesión (entre ellas los clubs de fútbol Barcelona, Español y Sabadell), y se dice que otro buen número de corporaciones han manifestado su implícita adhesión, no exteriorizada por estar más o menos vinculadas a la ejecución política y no querer embarazar una actitud oficial al respecto.

La campaña, bajo la equilibrada batuta del Omnium, ha tenido un éxito que, sorprendentemente, no ha alarmado a los que suelen alarmarse en cuanto suena la música de las llamadas peculia-



Oviedo, 1925. Maestro nacional, periodista, licenciado en Derecho. Obras: «El maestro», «Aspero mundo», «Sin esperanza, con convencimiento», «Grado elemental», «Palabra sobre palabra», «Tratado de urbanismo», «Obras completas».

(De una familia tradicionalmente dedicada a la enseñanza; su abuelo, director de la Normal de Oviedo; su padre, catedrático de Pedagogía; su madre, habilitada; sus tres hermanos, maestros. Hechos decisivos en su vida: la guerra civil.)

ANGEL GONZALEZ.—Yo también, naturalmente, me hice maestro nacional. Y ejercí la profesión durante cerca de un año, allá por los infelices cuarenta, en un pueblo perdido en la montaña leonesa que se llama Primout y que en invierno no ve el sol. En verano disfrutaban —el verbo es exacto— del sol dos horas cada día. Y viví durante tres años en Páramo del Sil, donde ejercía mi hermana. Yo tenía entonces los pulmones gravemente lesionados. Allí me curé. Allí empecé a leer en serio: Rubén Darío, Bécquer... y luego, con deslumbramiento, Juan Ramón Jiménez. Y tras Juan Ramón Jiménez vino la generación del veintistete, la llamada «Generación de la Amistad», denominación más convencional que real. Lorca, Alberti, Alexandre, Sallinas, Dámaso Alonso... mis tres años leoneses.

—Pero entraste en la literatura, como «creador», mucho más tarde.

A. G.—Avanzados ya los años cincuenta. Antes ejercí mil oficios. Tengo una biografía a la americana. Fui crítico musical en «La Voz de Asturias», con la firma de Borealis; crítico municipal, con la de Cano; de deportes, con la de Belvedere, personaje de moda entonces. Trabajé en el bufete de un abogado; fui agente de una empresa dedicada a transportar cemento. Participé y fracasé en dos oposiciones. Publiqué chistes en «La Codorniz». Colaboré en «Gaceta Ilustrada» como crítico de discos. Trabajé como corrector de estilo en una editora de Barcelona, y terminé siendo funcionario de Obras Públicas.

—«El maestro», tu primer libro, constituye una obra marginal en tu carrera literaria.

A. G.—Me lo encargó una editorial dedicada a preparar vocaciones. Yo tenía aún muy cercana la experiencia de la escuela pública y acepté el encargo. Pero ya había escrito poemas mucho antes. Sólo los conocía una persona en quien había depositado gran confianza,

Ángel González: Conferencias en Méjico

como poeta y como crítico: Carlos Bousoño. Fue Bousoño quien me animó a presentarme al Adonais con mi primer libro, «Aspero mundo». Conseguió un acéstit.

—«Aspero mundo» es una obra todavía vigente, con preocupaciones existencialistas, inquietudes subjetivistas; un poco desencantado para ser un primer libro.

A. G.—No es, ni mucho menos, el que mejor me representa. Escribí en seguida «Sin esperanza...», una de las primeras expresiones de la poesía que se llamara, de un modo equivoco, «social».

—Pero fue «Grado elemental» uno de los más altos exponentes de esa nueva escuela...

A. G.—No estoy de acuerdo con su adjetivo. No me molesta que lo apliquen a gran parte de mi poesía, pero lo encuentro desafortunado. La «escuela» tiene un fallo de principio: el optimismo de la visión socialista del mundo, el triunfalismo. Nació, pues, con un planteamiento erróneo. No pudo ser... No llegó a ninguna parte. Debemos pensar que supuso un fracaso, pero a la vez no podemos olvidar que también lo fueron otras escuelas paralelas: la metafísica, la esteticista, la religiosa... ¿Qué ha quedado de ellas? Estamos obligados a opinar con franqueza. Dámaso Alonso ha comentado, según creo —cierto que privadamente—, que Valery, en un cincuenta por ciento, le aburre y en el otro cincuenta por ciento le hiela; y también que Alexandre pensaba igual.

—Pertenece a la «generación del cincuenta», la que llega detrás de la «Antología consagrada», de Ribes. Y ahora están ahí ya «los novios».

A. G.—Los conozco y los aprecio, pero me dan mucho miedo. Yo soy de una promoción que surgió detrás de una catástrofe histórica. La generación del veintistete precedió esa catástrofe. Temo que venga otra detrás de estos «novios» que aparecen en el juego pendular. No es una «boutade», es un miedo real. De cualquier forma, he de decir que traen consigo algo muy importante: una revolución formal.

—¿Lees sus obras?

A. G.—Las leo. Pero soy mejor lector de novela que de poesía. En la producción novelesca de los últimos treinta años hay que anotar tres nombres importantísimos: «Pedro Páramo», «La ciudad y los perros» y «Rayuela». García Márquez me interesa menos. A esas tres novelas les añadiría dos títulos más: «El Jarama» y la de Agnes Wilson, «Actitudes anglosajonas». Me gustan también las novelas de Goytiso, Hortalano, Benet, Marsé y Caballero Bonald.

—¿Qué es para ti la poesía?

A. G.—Una manera de investigar el mundo, un método de conocimiento. No soy, desde luego, de los que se sienten «portadores del rayo divino».

—Ya estás con un pie en el avión. ¿Cuál es tu rumbo?

A. G.—Me voy a Méjico a pronunciar varias charlas. Me llama un viejo amigo, un gran periodista español, Paco Ignacio Taibo. ■ EDUARDO G. NICO.

ridades regionales. Por otra parte, el Omnium ha tomado el buen acuerdo de conceder su gran premio anual a Joan Oliver «Pere Quart», como ya adelantábamos en un pasado número. Quinientas mil pesetas para un viejo luchador poético y político, que ha protagonizado combates tan diversos como la guerra civil, el exilio, el retorno en difícilísimas condiciones políticas y económicas, la batalla estética por una poesía ácida —sin concesiones a tácticas o estrategias de catacumba o de superficie—, la continua presencia en todos los intentos de reconstrucción de la razón. Uno de los poetas más multados en toda la historia de la literatura catalana, «Pere Quart» declaró que las 500.000 pesetas le iban muy bien, pero que a partir de ahora le resultaría difícil declararse insolvente en los distintos conflictos en que participara.

En la noche del 12 de mayo, el Omnium, en colaboración con algunas editoriales, falló los premios a investigaciones geográficas, socio-históricas, educacionales, religiosas y a obras de literatura infantil redactadas en lengua catalana. Fueron los ganadores Baldori Ferrer, Ramón Mas Colomé, Josep Pallach, Juan Gomis y Renada Matheu. El acto se completó con el prólogo de Joan Fuster, la audición de canciones catalanas medievales, la presentación por Antoni Moragas de los premios de diseño ADI-FAD y el elogio de «Pere Quart» y de la geografía democrática de la cultura de Europa, realizado por el profesor de Montpellier Robert Laffont, que se expresó en el característico catalán de la Cataluña ultrapirenaica.

Un tanto hervido todo por ese «seny» que sabe dar a sus cosas el Omnium, apenas si se notó que no actuaba Pi de la Serra por prohibición gubernativa. Se insinuó una tímida presencia metafísica del cantante, a base de emitir música en off de sus canciones, sin letra, y de dejar el escenario vacío unos segundos. La mayor parte del público se quedó in albis, los más avisados aplaudieron. También contrastaba con el azul celeste de la fiesta, la argumentación de Laffont en contra del oportunismo de la cultura de consumo y de la mismísima sociedad de consumo (entre los mecenas del Omnium hay importantísimos pioneros de nuestra mini-sociedad de mini-consumo).

Finalmente, «Pere Quart» levantó un tanto el mediotono de fiesta de segunda comunión o de Confirmación o de boda entre novios maduros que iba tomando el acontecimiento. Dijo cosas jovencísimas y demostró estar en plena forma a los setenta años. Dijo que no quería que le convirtieran en estatua y que ni hablar de coronas de laurel. Que muy bien venidas las 500.000 pesetas y que el acto lo interpretaba como una afirmación del público a un pueblo y una cultura, acto de afirmación que le invitaba a perseverar y a continuar en la brecha.

Entre versallescos aplausos culminó el acto. Tuvo un epílogo gastronómico a base de naranjada y champán de rigurosa fonética catalana. En el centro de la mesa principal, un corro de muñequitos ataviados con los trajes regionales bailaba una estática sardana. A la salida, uno tenía la impresión de haber asistido a un acto protagonizado por australianos emigrados a la Luna que se reunían para recordar los lazos que unen a los australianos entre sí. Por no haber, no había apenas melenas y el único sobresalto lo produjo una hermosa muchacha de dibujadísimo escote, que fue severamente contemplada, como si se tratara de un quintacolumnista introducido por Terenci Moix o por Pau Riba. ■ M. V. M.

CINE

Cannes: El eterno compromiso del palmarés

Ya en la segunda semana, y a medida que el Festival avanza, una curiosa sensación de irrealidad envuelve ese breve espacio de dos o tres calles donde están los cines y el Palacio del Festival, y que todos recorremos con desespero innumerables veces al

día. Y no me refiero, únicamente, a la auténtica pérdida de la noción de espacio y duración que es fácil sentir cuando, al cabo de una jornada, las únicas referencias localizables son un plano bellísimo en un film de Bergman, el rostro de Monica Vitti, aquella secuencia o aquel decorado, una partitura musical, un «travelling». Esta irrealidad constante que es un Festival de cine se atenúa o, mejor, queda superada en Cannes para nosotros, españoles, en el momento en que se nos ocurre pensar que de ese promedio de siete u ocho películas diarias a que me refería en mi primera crónica, en España no se podrán proyectar ni un 10 por 100. El

veladores. Dejando de lado la calidad o el talento de nuestros realizadores (que, como se ha repetido últimamente, quedan seriamente coartados al establecerse márgenes de favor en contra de nuestra cinematografía) desde el punto de vista del espectador, la máxima enseñanza de un Festival de cine no está en la pantalla, sino detrás de ella, en el reverso de las imágenes.

Aparte del muy astuto Otto Preminger, que ha presentado fuera de concurso «Dime que me quieres, Junie Moon», adaptación brillante de la novela de Marjorie Kellogg que, con todo, debe inscribirse en la etapa de decadencia del veterano maestro, los Estados Unidos han enviado a Cannes,

la Fox, tiene, sin duda, mayor interés, debido únicamente a un guión excelente, escrito por Ring Lardner, Jr., el valioso hombre de cine de Hollywood encarcelado durante el «macarthysmo». Con una visión humorística muy áspera, muy corrosiva, deliciosamente irreverente, se describen las disparatadas actividades de un destacamento médico norteamericano durante la guerra de Corea, en 1945. Pero la película, que dirigida por un Billy Wilder o por Blake Edwards hubiera podido ser igualmente corrosiva, demolidora, en las manos de Altman no pasa de ser una desangelada ilustración del guión y una tosca y aburrida película con algunos «gags» divertidos.

Uno de los mayores éxitos de público y crítica del Festival ha sido, con todo, para Estados Unidos, aunque con una película fuera de concurso. Presentada con grandes alardes y en medio de una inusitada expectación, «Woodstock», de Michael Wadleigh, es, en efecto, una buena película, una de las pocas que hemos visto en el marco de la Gran Sala del Palacio del Festival. Se trata de un documental de más de tres horas de duración, que recoge (al estilo de otras películas del género, como «Monterrey Pop Festival» o «Jazz en un día de verano») la actuación de algunos de los mejores cantantes y grupos musicales «pop» y «underground» americanos, en su presencia directa ante un público de más de medio millón de jóvenes que se trasladaron el año pasado a Woodstock, en el Estado de Nueva York, y vivieron allí tres días en comunidad. La película, sin embargo, no se limita a la espléndida filmación de esos números musicales —en los que se han utilizado interesantes experiencias de montaje alterno y otras derivadas del mejor «cine directo» americano—, sino que trata justamente de ofrecer un reportaje de los asistentes a la gran manifestación, por medio de entrevistas ante la cámara, en las que se nos revelan perfectamente ciertas formas de pensamiento de la juventud americana.

Con la característica común de tomar una novela famosa como base, se han proyectado a concurso varias películas de distinta calidad y de diversos países y tendencias. De la gran novela de Gúraldes, «Don Segundo Sombra», el argentino Manuel Antin, ya an-



Marcello Mastroianni encabeza la rebelión negra que finaliza el film de John Boorman, «Leo the Last».

balance —y las conclusiones resultantes— es, como puede verse, aterrador. Planteamientos políticos, meditaciones sobre la revolución, estudio de problemas sexuales, desnudos nada gratuitos, etc., siempre, en casi cualquier film que quiera examinarse (y no tengo en cuenta, por supuesto, los films genéricamente pornográficos, de los cuales se proyectan incesantemente en el Mercado del Film muestras muy estimulantes), se halla un motivo que impediría su estreno en España, aun en «Arte y Ensayo». Y ahí, precisamente, reside el principal motivo de la tan comentada y ya agobiante crisis de los cines de «Arte y Ensayo». Siempre nos resulta difícil imaginar desde el interior de la propia circunstancia que la distancia que separa nuestro universo cultural del de casi todos los restantes países es tan grande. Los festivales de cine son, en este sentido, altamente re-

para competir oficialmente, dos películas de realizadores jóvenes, ambas producidas por Hollywood. «La constitución de las fresas», de Stuart Hagmann, producida por Metro Goldwyn Mayer, se quiere una película directamente política, tratando en forma de comedia el tema de moda: la contestación estudiantil. Desgraciadamente, Hagmann (que procede de la televisión, «Mannix», «Misión imposible», etc.) se ha acomodado muy bien, en esta su primera película, a las pretensiones acomodaticias del Hollywood de hoy, y convierte su película en una reconstrucción a veces mecánicamente perfecta, pero completamente falsa de los ambientes en los que se desenvuelve la lucha de los universitarios americanos, adornada, por lo demás, de audacias de lenguaje de muy mal gusto y ya vistas demasiadas veces. «M. A. S. H.», de Robert Altman, producida por